

Polillas

Luis Gabriel Casado Gómez

“Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno”, prolongado en una primavera inusual que nos arroja sin respiro al verano. El calor es sofocante a estas horas nocturnas en las que me peleo con un relato y soy incapaz de concentrarme en el monitor. Algo oscuro que no acabo de identificar me distrae revoloteando sobre los objetos cercanos. En la radio oigo: «una plaga de polillas enormes y grisáceas se ha adueñado de la noche madrileña». Pienso que han venido a sustituir a los madrileños que se solazan en las playas de los litorales peninsulares. Son calladas señoritas de luto que revolotean sobre las cabezas de los agobiados por el calor asfixiante. Recuerdo ahora un artículo de prensa; «vienen de África y están de paso, y viajarán muchos kilómetros hacia el Norte, hacia Escandinavia». Pero yo presumo que el Madrid nocturno y bullanguero de julio les gusta y que se quedarán hasta que unos vencejos negros y veloces, también africanos, las obliguen a marcharse.

Comprendo, ahora, mi falta de atención. Una polilla, distinta, minúscula, mariposea atraída por la fosforescencia del monitor. Trato de espantarla, pero ella, pertinaz, pasea sobre el texto con diálogos que con mucho esfuerzo elaboro. En su posado va dejando un rastro grisáceo sobre determinadas palabras o signos de puntuación, como si fuera un subrayado escolar de “flomaster”. Con una gamuza, borro de la pantalla todos los trazados de mi polilla, pero la muy puñetera vuelve a las andadas. Vuelve a marcar de gris el mismo adjetivo, el mismo verbo, la misma coma, incluso algún guión. Antes de que use de nuevo la gamuza, ella me mira con sus saltones ojos negros y

me suplica con sus antenas que fije mi atención en los subrayados. Descubro que mi polilla tiene más razón que un santo: el adjetivo marcado no califica lo suficiente, el verbo no es el adecuado para definir la acción, la posición de la coma origina un anacoluto..., y entonces me digo: «debe ser una polilla de la RAE, que ha adquirido su sabiduría posándose sobre los impecables textos de los académicos».

En mi ofuscación, pensaba aplastar la polilla con la gamuza, pero he decidido reservarle un armario de ropa vieja para que se ponga las botas y no me abandone. Todas las noches abro el armario y ella, la puñetera académica, la *autógrapha gamma*, como no podía ser menos, se posa sabia sobre mis textos sumamente agradecida. Nunca le pregunto, por si acaso, a donde pensaba marcharse.